

ZINGONIA ZINGONE, *ANOTACIONES AL MARGEN DE LOS FAROLES*, PRÓLOGO DE JEANNETTE LOZANO CLARIOND, BARCELONA, ABSTRACTA EDICIONES, 2019, 79 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

En 2019 Zingonia Zingone dio a conocer dos libros, uno en el que se recoge su trayectoria poética hasta el presente, y que lleva el título de *El canto de la Sulamita*, y la obra en prosa y verso *Anotaciones al margen de los faroles*. Vamos a ocuparnos de la reseña de este segundo, pero antes procede una presentación de esta singular escritora, sobre la cual se ofrece una noticia bio-bibliográfica al cabo del libro, noticia que a mi entender carece de algún que otro dato no obvia.

Entiendo que falta, por ejemplo, el lugar natal de la poeta, Londres, donde nace en 1971. Como se dice en la noticia, Zingone se expresa en cuatro idiomas: español, italiano, francés e inglés. Escribe poesía y narrativa, y además traduce. Acto seguido se agrega que vive a caballo entre dos países, uno europeo, Italia, y otro hispanoamericano, Costa Rica. Y se la hace italiana, país que en el relato comparece en dos ocasiones, una de ellas Roma, la otra Venecia. Sin embargo, en el

preliminar firmado por la también poeta y traductora mexicana Jeannette Lozano Clariond se la adjetiva como nicaragüense. En ambos casos, en el prólogo y en la noticia final, se prescinde, por lo tanto, del hecho de haber nacido en la capital británica y de escribir también en inglés, y asimismo de que reside en parte en Costa Rica, y no en territorio de Nicaragua, y en Italia. Y precisamente el factor de la residencia es el que en otro lugar hemos leído como básico para decir de ella que es italo-costarricense.

Ciertamente cada uno es dueño y responsable de sus afirmaciones. Con todo, esas diferencias de criterio acaso reflejen sin pretenderlo la dificultad de una adscripción inequívoca acerca de una escritora de perfiles tan poliédricos. Sea como fuere, en virtud de escribir en español, aunque con algún que otro sesgo lingüístico panamericano, y de estar arraigada en Costa Rica, me parece que hay que conceptuarla como una poeta

hispanoamericana perteneciente a la literatura costarricense, lo que no obsta para afirmar que sus vínculos con las letras de Nicaragua sean notorios. Y es que junto a sus traslados al italiano de la obra de Claribel Alegría, hay que enfatizar el ascendiente, al menos por lo que hace al libro *Anotaciones al margen de los faroles*, del sacerdote y escritor nicaragüense Azarías H. Pallais. En los primeros compases de la obra, se incluye un texto de Pallais tomado de *Palabras evangelizadas*, y muy avanzado el relato nos vamos a encontrar con una cita de Pablo Antonio Cuadra.

Respecto al tipo de obra al que pueda vincularse *Anotaciones al margen de los faroles*, acaso se trate, en efecto, de un libro de anotaciones, aunque en ese supuesto habría que considerar así también a los poemas que contiene, en calificación modesta atribuible a la propia autora, que suele minimizarse como intelectual, como por ejemplo cuando rebaja su valor en su tarea de traducir (p. 33). Asimismo, cabría aseverar, como lo hizo la prologuista, que estamos ante un “breviario, un misal” (13), para añadir más adelante que es “un pequeño devocionario del Amor” (15), del amor en mayúscula, en una semantización de la grafía que apunta al amor religioso de carácter católico que impregna tantas páginas. Y otros dos apuntes más acerca de la índole de este texto, pues cabría remitirlo al subgénero del viaje, y al del diario, en ambos casos de índole brevísima. Si juntamos los conceptos recién citados, diríamos que el libro es un diario de un viaje, de un viaje corto, y que es una obra de sesgo autobiográfico, lo cual corroboran las distintas noticias personales, familiares y literarias que la narradora proporciona y que tendrían que ver con Zingonia Zingone.

Comenzando por encuadrar el libro en el subgénero del viaje, señalaré que del discurso de la protagonista se desprende que la causa de su desplazamiento a Córdoba, el primero suyo a Andalucía, obedeció a su participación, en tres días de principios de octubre de un año que no se indica, a un evento poético celebrado en dicha ciudad. Esa urbe cobra inusitado protagonismo en el libro, no solo porque en ella se produjeron los recorridos y vivencias de la voz narrativa, sino porque se citan a cada paso lugares y edificios del paisaje urbano. Los de carácter religioso católico no se nombran a veces únicamente, pues en varios se enmarcan las vicisitudes de la que se autorrepresenta como “peregrina”. Pero parecidamente puede decirse de sitios civiles, en los que acontecen significativas acciones.

Recordaré los enclaves que son mencionados en la obra, y que no tienen carácter religioso. Son estos: Hotel Alfaro, tabernas El Paseo y Porta Gayola, el Gran Teatro, la torre de la Calahorra, el Palacio de Orive, en el que acontece la lectura poética de la protagonista, la Plaza de la Corredera y, por supuesto, la estación de líneas ferroviarias de la localidad, espacio que enmarca el discurso contenido en *Anotaciones al margen de los faroles*. Enumeraré a continuación los sitios relacionados con el catolicismo en los que en varios supuestos suceden situaciones espirituales que se explicitan: el Cristo de los Faroles, la iglesia de la Plaza de Capuchinos, la de San Pablo, la catedral-mezquita, la Iglesia de San Juan y todos los Santos, el Oratorio de san Felipe Neri, la Iglesia de san Nicolás de la Villa, la de San Rafael, y la de san Ignacio de Loyola.

Estos lugares de culto son objeto de visita, aunque no todos, de visita en modo alguno turística, y no sin que deje de mostrar la protagonista su desaprobación ante el turismo a vueltas del gran concurso de gente que acude, turisteando, a la Catedral-Mezquita. La peregrina reza en varios de esos ámbitos sagrados delante de imágenes cristianas, algunas de las cuales le inspiran versos que introduce en el tejido prosístico. Pero tampoco deja pasar la oportunidad de fijarse en la cripta de un eclesiástico muy especial que le permite un guiño literario. Me refiero a Luis de Góngora, al que hace otra referencia en el libro cuando transita ante la casa donde murió el poeta cordobés en mayo de 1627, en la calle Horno de la Trinidad. Allí se expone una placa que la viajera lee. Esas características, salvo la referencia gongorina y otras, avalan que en su prólogo Lozano Clariond pusiese el énfasis debido en la faceta de “devocionario del Amor” que ostenta esta obra de Zingonia Zingone, a la que sitúa en convergencia con el vanguardismo religioso que representa en tan alto grado Ernesto Cardenal.

El concepto de vanguardismo religioso entiendo que es aplicable, ciertamente, a estas *Anotaciones al margen de los faroles*. Aplicable porque el relato y la expresión de las vivencias se plasman con estrategias de escritura propias de la posmodernidad, en un libro con hibridismos, procedimientos narrativos y configuraciones poéticas, y puntos de vista hodiernos que, no por ser del siglo veintiuno, dejan de vincularse, desde la vertiente del contenido religioso, con comportamientos pretéritos seculares de los creyentes cristianos.

Al hilo de cuanto estoy argumentando, añadiré que en no pocas ocasiones puede sorprenderse el lector ante lo que se dice en el libro, dado que lo que acontece en sus páginas acaso le produzca extrañeza suma, pues se aparta por completo de lo que suele primar en las librerías y esperarse habitualmente de la creación poética de una escritora tan contemporánea y cosmopolita. Es verdad que, en la literatura española del pasado siglo, y del presente, y también en la literatura hispánica, y por supuesto en la europea, y en concreto en la italiana, no han faltado ni faltan autoras con un marcado cristianismo aflorando en sus libros de carácter poético, pero la radicalidad militante que en este sentido ha impreso al suyo Zingonia Zingone resulta lisa y llanamente contracultural.

Contracultural porque el libro *Anotaciones al margen de los faroles* no se ajusta a los parámetros más generalizados en las mentalidades de las sociedades de hoy. Estas obedecen por lo común a lo política y socialmente correcto, y por ende más mediático, lo que tiene su correlato en obras literarias acordes con estas pautas, y es por el rescate y repriminación actualizada de la conducta devocional de una mujer católica muy fidedigna que también es poeta, que la obra puede leerse como rompedora de tales patrones.

Sin que pueda afirmarse que el sujeto de la narración haya pretendido desafíos contraculturales de ningún tipo, el hecho es que el modo con el que se autorrepresenta la narradora resulta tan insólito que constituye un contraste marcadísimo con las imágenes de mujer más difundidas en muchísimas sociedades del presente.

La protagonista señala que se encuentra viviendo un camino personal de purificación, y el atuendo que viste demuestra haberlo elegido en consonancia con este compromiso, ya que “es sobrio, casi clerical en su pulquérrima negrura. Solo una pulsera en la muñeca izquierda, con una pequeña cruz de metal y el santo rostro de san Chárbel Maklouf” (36), escribe, añadiendo luego que ese santo libanés maronita la sostiene en la senda espiritual que ha emprendido. Luego se encargará de remarcar, cuando la estancia en Córdoba está tocando a su fin, que sigue vestida completamente de negro, y se viste de esa guisa en medio de un paisaje humano en el que ese color llama la atención por extemporáneo, salvo en el supuesto de monjas y de mujeres musulmanas de credo radical.

Este vestuario y los complementos religiosos que cita resultan más chocantes todavía si se tiene en cuenta que la protagonista es una mujer bella, y lo sabe. Sin embargo, esta belleza externa, física, la incomoda. Ante un joven sentado en una acera al albur de la caridad ajena, confiesa que se siente molesta “porque sé que me veo bonita” (40). Y en otro momento, una señora desdentada le pide una limosna, y al pedírsela, la piropea diciéndole: “Linda, se te ve cara de ángel” (72). La peregrina sólo puede darle una sonrisa, se ruboriza al escuchar el piropo, y se aleja rápidamente.

Católica practicante, en el libro destaca su cercanía con el franciscanismo, avalada por esta declaración inequívoca al mencionar al religioso de Asís como el “más mínimo de los hombres, el más alto de los santos” (27). Quien así siente, irá demostrando esa decantación de maneras

diversas en esta obrita intensa tan excepcional, y que suscita no pocas reflexiones acerca del binomio religión y literatura.

Diez poemas contiene *Anotaciones al margen de los faroles*, varios de ellos supuestamente escritos en lugares sacros, y de inspiración crística. La génesis de otras composiciones se contextualiza en un lugar civil, en la taberna Porta Gayola. Y es en esta zona del libro donde se hace muy palmaria su vertiente posmoderna.

La palabra “sed” extraída de una expresión del escritor nicaragüense Pablo Antonio Cuadra es utilizada por la narradora, cambiando su sentido místico por el fisiológico, como estímulo para decidir tomarse un refrigerio en ese establecimiento gastronómico, sito delante de la iglesia de san Ignacio de Loyola. Este acto tan común, sin embargo, se reconvierte en espiritual al entenderla como “una acción de gracias profana”.

El tipo de tapeo que le sirven a la clienta foránea comienza con una anchoa y tres aceitunas, tapa que califica como “el Mediterráneo en su mínima expresión”, empleándose en el aserto un adjetivo, el de “mínima”, que conlleva connotaciones franciscanistas. Los minutos que dura la consumición de una primera cerveza se corresponden con dos poemas, el segundo ya en coincidencia con otra tapa, esta vez Huevas de Maruca con almendras. Después, una tercera tapa acompañando otra cerveza, desencadenará una sucesión de poemas. Los ocasionan la anchoa, el recuerdo de una persona muy querida y el motivo del erotismo casto.

En la primera de las composiciones enmarcadas en la taberna se plasma el parecer de la hablante acerca de su concepto

estético a vueltas de la iconografía católica, desmereciendo el uso de estéticas barrocas para representarla. Luego continúa el texto de manera peticionaria a la Virgen y a Jesucristo. El poema que sigue contiene un discurso que pudiera adscribirse a la línea secular de las diatribas contra Roma, pero partiendo de una excusa tan hodierna como la de los tatuajes que tanto proliferan en sociedades contemporáneas, y en concreto en la capital italiana, tatuajes que, por contraste, no llevan los meseros de la taberna cordobesa, piropeados como guapos en virtud de no llevarlos. Acto seguido, se reproduce una tercera composición poética pretextada por la tapa de anchoa. La cuarta también toma como elemento motriz a un mesero, ahora fijándose la peregrina en su barba, la cual le trae a la memoria la que lleva una persona muy querida por ella que, aun estando lejos, siempre la siente cerca. Acaso se trate de un santo, quizás san Chárbel Makouf, que podría ser el referente de la quinta. Aún en la taberna, la sexta la protagonizan San Francisco y Santa Clara vistos en comunión espiritual. La séptima la ocasiona de nuevo el mesero, y en sus cuatro líneas se hace ostentación de la imagen de San Chárbel brillando en la muñeca de su devota.

Ya sin enmarcarse en la taberna Porta Gayola, se reproduce el último poema del libro, en cuyos versos se dice que la ciudad de Córdoba ha sido leída en clave de santidad por una peregrina que, cuando acaba este texto, se describe a sí misma “perdida entre altares/ caminando, / muy simplemente andando” (66) .

Expuesto sucintamente el contenido de la gavilla, a continuación me referiré al franciscanismo que entiendo se invo-

lucra en los distintos poemas enmarcados en la taberna antecitada, y según el orden en que aparecen. Adelantábamos que en la composición con la que empieza el grupo mostró la hablante su contrariedad a vueltas del estilo barroquista con que han sido plasmadas las imágenes religiosas de Cristos y Vírgenes. Se abre la composición ponderando en positivo el altar de la iglesia ignaciana sita delante de la taberna. Es de estilo renacentista y su sobriedad encajaría de por sí al Cristo interior. Acto seguido, se hace una declaración taxativa de desagrado cuando asegura la peregrina que siempre detestó “el atropello del Barroco/ con su fasto nefasto...” (54), y en este punto se intersecta un verso en forma de rogativa que dice “San Francisco *ora por nobis*”.

La hablante prosigue añadiendo que también denostó siempre esos atuendos de “terciopelo y bordados” con que se viste a las imágenes crísticas y de las Vírgenes, y cuyos llanteos contrastan con las coronas de oro colocadas en sus cabezas, y cuyos rostros “de esperanza desvanecida” reflejan un contraste incompatible con los lemas que se les anexaron de “Virgen de la Paz y la Esperanza”, o Cristo de la Paciencia y la Humildad”.

En los versos siguientes se niega que tales apelativos estén en consonancia con sus vestimentas, asemejables a las de los dogos de Venecia, porque contradicen lo que proclaman, y en cambio silencian lo que esas imágenes transmiten realmente, que es la de una paciencia infinita, sí, pero relativa a la penalidad de haber de soportar tamaña vestimenta. Como en el Calvario, el Cristo “triste engalanado” se dirige al Padre, imagina la hablante, y le pide que perdone a los responsables de

esa imaginaria, porque, al igual que los que le llevaron a la Cruz, tampoco saben lo que se hacen. Esta petición precede a este verso final del poema: "Algo así debe haberle dicho Nuestro Señor a su Padre" (55).

Como apunte final de una reseña que, en realidad, ha resultado un híbrido de reseña-artículo, o viceversa, ponderaría las diversas singularidades comenta-

das de esta pequeña (por su extensión) gran (por su calado semántico y modos de escritura) obra de Zingonia Zingone. *Anotaciones al margen de los faroles* condice con su universo lírico, pero lo contrapuntea desde perspectivas no esbozadas antes en los modos de expresar la autora sus vivencias, así como de abrirnos a los lectores sus convicciones más arraigadas